

FILOSOFÍA

Políticas de la cotidianeidad: apostillas a El Pensador, de José Clavijo y Fajardo

Domingo Fernández Agis

Universidad de La Laguna
dferagi@ull.es

RESUMEN

Nos centramos aquí en algunos aspectos del pensamiento del ilustrado español José Clavijo y Fajardo. Quizá el rasgo más sobresaliente de este radique en ofrecernos una visión en la que el individuo concreto se convierte en el sujeto político por excelencia. De tal forma que su existencia cotidiana, sus gestos, sus debilidades o logros, son considerados como el único sustrato real al que podemos remitirnos.

En su opinión, si podemos avanzar hacia una sociedad más justa y más libre es apoyándonos en el poder que tiene la razón para corroer los fundamentos de todo aquello que no responde a sus exigencias, así como en su potencialidad para construir algo nuevo y mejor en base a su sustrato de validez universal.

El día 3 de noviembre de 2006 se ha cumplido el 2.º centenario de la muerte del escritor, filósofo y naturalista ilustrado canario José Clavijo y Fajardo. Si bien cualquier momento es bueno para acercarse a su obra, no recordarla y frecuentarla en este año del segundo centenario de su fallecimiento sería inexcusable. Como no soy la persona más indicada para valorar su importantísima labor en el ámbito científico o su interesante trabajo como traductor, mi intención es centrarme en sus escritos de naturaleza filosófica¹. Refiriéndonos pues a éstos, habría que empezar subrayando que los 86 *Pensamientos* o ensayos breves, que se recogen en los 6 volúmenes de la edición de “El pensador”, constituyen a mi

¹ Es interesante a este respecto el trabajo, Negrín Fajardo, O., “Clavijo y Fajardo, naturalista ilustrado”, XI Coloquio de Historia Canario-Americana, volumen 2º, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1994. Este autor sostiene que “si bien es cierto que lo que no se puede afirmar es que Clavijo fuera un investigador de campo naturalista, ni tampoco un teórico que crease nueva doctrina científica. Nuestro autor fue, en realidad un organizador nato que llegó a adquirir un amplio conocimiento teórico y a poseer una metodología de trabajo adecuada a la realidad de la historia natural de la época”. *Ibid.*, p. 686.

juicio uno de los más claros intentos que se dieron en nuestro país de formar un público ilustrado y contribuir, a través de la consecución de ese objetivo, a la construcción de una sociedad civil². Al empeñar en ello sus esfuerzos, Clavijo se muestra partícipe del espíritu de la época y asume un compromiso compartido con la intelectualidad europea del momento. Baste evocar, a modo de ejemplo, la labor que en ese sentido desarrolla Kant (1724-1804), pensador coetáneo de Clavijo (1726-1806). En efecto, como es bien sabido, el gran filósofo alemán dedicó una parte nada desdeñable de sus escritos a esa labor de difusión de las ideas ilustradas, de las que era un entusiasta defensor.

Hay que reconocer, en todo caso, que el mencionado presupuesto de la actividad pública de estos y otros intelectuales, puede resultar hoy, a los ojos de muchos, sorprendente. Bien es verdad que cabe decir que, a este respecto, se ha dado en nuestra sociedad una completa inversión de los términos en los que esta cuestión se expresaba en la época de Clavijo. De tal forma que, en líneas generales, tomando como base nuestra propia experiencia estaríamos en nuestros días más bien inclinados a pensar que es la existencia de libertades y derechos políticos lo que posibilita la construcción del tejido de la sociedad civil y, esta última, permite a su vez la aparición de un público ilustrado. Así pues, que se considere la constitución de un público ilustrado como base de cualquier forma de participación política queda ya fuera de los esquemas de pensamiento al uso. Para nosotros, esta cuestión ha pasado hace mucho tiempo a ocupar un segundo plano, si bien el origen de ese desplazamiento es algo que debería hacernos reflexionar. Porque, ciertamente, el acceso generalizado a la educación podría llevarnos pensar que el problema al que se enfrentaba Clavijo no es ya nuestro problema.

En parte estaría justificado creerlo así, pero sólo si hacemos un análisis burdo y atendemos de forma prioritaria a factores de índole cuantitativa. Es cierto, desde tal perspectiva, que el analfabetismo ha retrocedido en las sociedades occidentales hasta los niveles más bajos jamás logrados. Ello puede hacernos pensar que estamos en la buena senda para conseguir una participación política amplia y una ciudadanía que actuaría tomando como base la feliz circunstancia de ser poseedores de una formación e información suficientes. Pero bien sabemos que las cosas no siempre suceden conforme a lo esperable. Las cifras de par-

² “Empíricamente, cabe mostrar cómo el surgimiento de las sociedades civiles de los siglos XVII y XVIII dependió de debates sobre política presupuestaria y sobre las condiciones y los límites del ejercicio de la autoridad pública, llevados a cabo con determinación y persistencia durante un periodo de tiempo. Esto sigue siendo válido para las sociedades civiles de hoy, en las que buena parte del debate cívico sigue girando en torno a cuestiones similares.

En segundo lugar, el desarrollo de la esfera pública depende asimismo, del de un sentimiento de pertenencia a una comunidad particular. Una sociedad civil es un haz de instituciones con un soporte comunitario preciso. Podemos especular sobre la sociedad civil como modelo ideal, pero sólo podemos observar una serie de sociedades civiles particulares, distintas unas de otras y con fronteras reconocibles”. Pérez-Díaz, V., *La esfera pública y la sociedad civil*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 68-69.

ticipación política dejan mucho que desear y, dicha participación, responde no pocas veces a afinidades u opciones previas de carácter irracional.

El proceso de formación de la opinión pública, antes que resultado de un trabajo concienzudo de información, es producto de los ataques, contraataques y escaramuzas cotidianas de la lucha por o contra la manipulación. Si pensamos en todo ello y añadimos además las pinceladas necesarias para dibujar un panorama en el que hasta nuestras instituciones democráticas, con todos sus defectos, son a lo sumo todavía un brumoso ensueño, tal vez podamos ponernos en la situación adecuada para comprender el valor que tuvieron los esfuerzos de intelectuales como Clavijo y Fajardo. Estos, durante los reinados de Carlos III y Carlos IV, realizaron un encomiable esfuerzo por aproximar la cultura española a la europea del momento.

Así pues, no ha de extrañarnos que los mayores afanes de Clavijo se orienten a la formación de una elite, a la que quisiera ver preparada para extender, sobre todo mediante el ejemplo de su hacer cotidiano, las ideas modernas al resto de la sociedad. Se trata de un trabajo delicado, especialmente en una realidad social como la española de la época, en la que tanto peso y poder tenían aún los elementos ultramontanos. Hay que tener en cuenta que “El pensador”, su obra más importante y en la que, como ya hemos dicho, centraremos aquí nuestra atención, se empieza a publicar en forma de semanario en el año 1762. Dada la temática que de forma sucesiva irá abordando en esas páginas, más que en ningún otro de los trabajos que publicó Clavijo tiene en este que medir sus palabras, con objeto de eludir el choque frontal con los colectivos que con más ahínco eran defensores de la cultura tradicional. Demuestra así, mediante su fino humor y su ponderada escritura, su habilidad al abordar cuestiones que tienen que ver con el núcleo del mensaje liberador de la Ilustración. De esta forma, tratará problemas relacionados con la educación, la moral y la política, cuidando siempre las formas pero sin desatender jamás el fondo de estos asuntos que, en la España de aquellos días, era un terreno comprometido, plagado de trampas y peligros.

Puede que hoy no nos resulte fácil adentrarnos en la comprensión de las circunstancias que envolvieron su quehacer, circunstancias que podríamos considerar como verdaderas determinantes históricas, pues las dificultades que su presencia conllevaba aún se nos antojan a nosotros superiores a como eran juzgadas por quienes tuvieron que desenvolverse entre ellas. Como ha escrito Nancy, “la historia en su efectividad es sin duda siempre aquello que avanza sin ver y sin verse, incluso sin verse avanzar”³.

³ Nancy, J. L., *La experiencia de la libertad*, Barcelona, Paidós, 1996, p. 17. Nancy añade que esto, “no quiere decir que sería, a la inversa de una historia consciente de sí misma, una fuerza ciega y oscura: pues es esa oposición lo que hay que dejar enteramente en suspenso aquí, para pensar otra historicidad de la historia. Y esta tarea depende sin duda a su vez de otro pensamiento de la libertad. En efecto, la historia no es quizás tanto aquello que se desarrolla y se encadena, al modo del tiempo de una causalidad, como aquello que se sorprende”. *Ibid.*

En efecto, en cierta forma, la historia es territorio de la libertad, uno de los pocos en que ésta puede materializarse; pero la libertad ha de ser construida y, en la época de Clavijo, esa construcción implicaba, en el caso del intelectual, una pesada carga que arrastrar formada en proporciones similares por el peso del esfuerzo continuado y la inquietud permanente provocada por la conciencia de los riesgos que con esta labor se asumen⁴.

En todo caso, al acometer esa tarea, Clavijo buscará apoyo e inspiración en los grandes representantes del pensamiento ilustrado de la época. En este sentido, hay que empezar señalando que la influencia de Locke es una de las más apreciables en su obra. A través de ella le llega un pensamiento que sitúa la capacidad humana de juzgar por encima de cualquier dogma. Prueba de ello es el celo que Locke pondrá en la defensa de los principios liberales, que considera consustanciales al individuo y anteriores a la constitución de cualquier forma de Estado. Por este motivo, a pesar de lo grande que pueda llegar a ser la cohesión social en torno al poder, éste no podrá jamás provocar la disolución de las libertades individuales en un quimérico sujeto colectivo. Desde esta perspectiva, refiriéndose en general a la evolución de las ideas de la ilustración en Escocia e Inglaterra, Pérez-Díaz nos dice que “para aquellos ilustrados, este proceso de formación de la opinión y las costumbres no culminaba en la emergencia de un macro-sujeto histórico que pudiera tener memoria, una visión clara de su identidad y sus objetivos, la voluntad de conseguirlos y la capacidad para coordinar sus actuaciones con este propósito”⁵.

Pero el objetivo último de la ilustración trasciende el ámbito jurídico-político y entra de lleno en el terreno de la ética. El acento que se ha puesto en la responsabilidad individual no podría tener otro corolario. En efecto, recogiendo las palabras del autor antes citado podríamos decir que “la sociedad civil es no sólo una sociedad racional, sino también una sociedad regida, entre otros, por un principio de individualismo moral”. Pérez-Díaz extrae de aquí dos consecuencias fundamentales: “Primera, que la sociedad civil está fundada sobre el reconocimiento de que las decisiones morales son siempre, en última instancia, decisiones sobre los individuos. En consecuencia, la sociedad y el entramado de sus instituciones sociales son el resultado de actos morales individuales, renovados continuamente. Segunda, que la salvaguarda y el crecimiento de la autonomía moral del individuo es el valor central de la sociedad civil”⁶.

El papel del sujeto, como agente social y político, se presenta así unido de modo indisoluble a la responsabilidad individual que éste ha de asumir en el plano de la moralidad. Conviene, en consecuencia, aclarar qué hemos de entender por *moral*, en particular qué hay que pensar cuando vemos a un pen-

⁴ “La historia, en este sentido, es la libertad del ser, o el ser en su libertad. Hoy el pensamiento está emplazado –por la historia y por su propia historia– ante la necesidad de pensar esta imprevisibilidad, esta improvidencia y esta sorpresa que constituye el surgimiento de la libertad”. NANCY, J. L., Op. Cit., p. 17.

⁵ Pérez-Díaz, V., Op. Cit., pp. 106-7.

⁶ Pérez-Díaz, V., Op. Cit., pp. 113.

sador ilustrado hacer un uso explícito de este término. A este respecto, habría que decir, siguiendo a Voltaire, que “la moral no consiste en la superstición ni en las ceremonias, ni tiene nada de común con los dogmas. Nunca repetiremos bastante que los dogmas son diferentes en cada país, y que la moral es la misma para todos los hombres que usan el don de la razón”⁷.

Ninguna otra caracterización de lo moral cuadra mejor con los presupuestos que inspiran la labor de Clavijo. Hay en toda su obra, ya hemos insistido en ello, una palpable voluntad de reforma social, si bien para él toda reforma de este tipo ha de ir precedida y ser orientada por la modificación del perfil moral de los individuos.

Estos elementos pueden apreciarse con nitidez en los textos que dirige a las mujeres en *El pensador*, que vienen por lo demás precedidos por una explícita declaración en tal sentido. Es interesante que nos detengamos en estos textos, ya que sus apreciaciones sobre la situación de la mujer en la España de la época, así como sus ideas tendentes a cambiar dicha situación, constituyen aspectos críticos de su pensamiento social y permiten al mismo tiempo realizar un diagnóstico de la realidad concreta en la que Clavijo se mueve. Así pues, comienza, como decíamos, declarando sus propósitos reformadores:

Según habrán Vms. observado en el Prólogo de esta obra, los discursos del Pensador llevarán casi siempre un espíritu de reforma⁸.

A continuación se adentrará en el desarrollo de las ideas cuya asimilación habría de incidir de manera positiva sobre dicha reforma. En este sentido, empezará haciendo unas reflexiones acerca de los intereses y modo de vida de “las damas” de la época. En este caso, el término, dados el contenido y contexto de sus palabras, no denota de forma genérica a la mujer, sino a aquellas que pertenecen al estrato social más elevado. Expresa sus ideas recurriendo a la usual contraposición entre lo corporal y lo espiritual, señalando que,

los adornos del cuerpo han robado a Vms. siempre toda la atención. ¿Y los del espíritu? Se han tratado con pereza y con descuido o se han quedado del todo olvidados, que es lo más común⁹.

Frente a ello se debería hacer lo necesario, piensa Clavijo, para conseguir cierta armonía, añadiendo un contrapeso cultural a la consabida atención a la belleza exterior, ya que a su entender las mujeres no llegan a desplegar sus todas sus potencialidades si hacen que sus vidas giren únicamente en torno al

⁷ Voltaire, “Moral”, *Diccionario filosófico*, volumen 2º, Madrid, Temas de Hoy, 1995, p. 389.

⁸ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, 6 vols., ULPGC-Cabildo de Lanzarote, 1999, Tomo I, “Pensamiento II”, Edic. Cit., pp. 2-3.

⁹ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo I, “Pensamiento II”, Edic. Cit., 5.

cuidado del aspecto físico. Esto se pondría en evidencia en la propia vida social, en la que de manera inevitable se producen situaciones que dejan en mal lugar a aquellas damas que han descuidado lo relativo a su formación cultural. De esta forma, no sólo en los aspectos más prácticos de la existencia, sino también en lo relativo al éxito mundano, el descuido de la educación acaba por tener consecuencias desastrosas para la mujer. Por ello señala que,

aún si una Dama de mucha belleza y de poca discreción fuese capaz de acomodarse a un silencio político, de modo que ni pecase por bachillería ni por muda, conservaría alguna fuerza y sería más durable la impresión primera; pero (aquí que nadie nos oye) ¿en qué país viven las Damas silenciosas y máspreciadas de lindas?, ordinariamente destruye una hermosa con sus discursos cuanto ha granjeado con su belleza¹⁰.

Por lo demás, la relatividad de la belleza, unida a su natural fugacidad, hacen todavía menos sensatos los esfuerzos de quienes cifran toda su valía personal en el aspecto externo. En efecto, el contenido relativo de la belleza, su vinculación a prejuicios culturales o a modas cambiantes, convierten en una opción poco atinada vivir pendientes en exclusiva de este aspecto. Todo esto parece estar rondando su mente cuando se pregunta:

¿Dónde está la definición de la hermosura? ¿Qué ser tiene? ¿En qué se funda? ¿Cuáles son sus dimensiones? Quizá la hermosura consiste solamente en el capricho o en la imaginación de quien la mira. No sólo es posible, sino también muy verosímil. Vemos que una belleza de Etiopía pasa para nosotros por un monstruo. Allá es un ídolo, acá un diablo; y acaso no sacarían mejor partido nuestras Damas blancas y rubias, si fuesen a Etiopía¹¹.

En consecuencia, la relatividad de la belleza la convierte en un asidero poco firme para hacer pivotar sobre él toda la vida de la mujer. No pretende, sin embargo, que el nivel cultural de las mujeres llegue a equipararse con el que en la sociedad de su tiempo le es dado alcanzar a los hombres. La condición femenina exige, a su entender, una formación cuyo horizonte es mucho más modesto. Ni que decir tiene que es indudable el peso que los prejuicios machistas tienen en esas apreciaciones. Pese a ello, no hay que dejar de tener presente la dosis de *progresismo* que su posición contiene, si la comparamos con lo que en España se consideraba adecuado a la condición femenina en esa época. Todo esto ha de tenerse presente cuando nos detenemos a pensar en sus declaraciones, que nunca podremos interpretar de manera adecuada sin tomar en consideración las circunstancias históricas en que aparecen.

¹⁰ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo I, "Pensamiento II", Edic. Cit., pp., 8-9.

¹¹ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo I, "Pensamiento II", Edic. Cit., p., 15.

¿Hemos de ir a las Universidades? ¿Nos darán becas en los Colegios? No, Señoras. La piocha y el bonete, el tontillo y la sotana harían malísima comparsa. Cada estado pide su instrucción particular; y la que yo pido y deseo en Vms. no está ceñida a las aulas. En el estrado, con la labor y el medio de la conversación, puede aprender, y sin afán, gasto ni fatiga, puede una Dama instruirse. No son los Aristóteles, los Neutones, los Gasendos, los Avicenas, ni los Baldos los autores que deben Vms. frecuentar¹².

Puede sorprender, en efecto, que estas ideas, tan rechazables para nosotros por ser discriminatorias en relación a la mujer, supusieran entonces la presencia de un claro empeño por mejorar su situación. Sin embargo es así, si las entendemos en referencia a la realidad social en que se formulan.

De forma análoga habría que interpretar su defensa de lo natural frente a la *perversión* de ciertas costumbres, en el contexto de una visión paternalista del lugar de la mujer en la familia y en la sociedad. Por este motivo, en relación a la costumbre de la alta sociedad de entregar los hijos para su crianza a amas de cría, se pronuncia expresando su rechazo con la mayor contundencia en el texto siguiente.

Si creyésemos a las madres, vendríamos a sacar por consecuencia forzosa que la naturaleza, o por decirlo mejor el Autor de ella, pródigo y liberal en todas sus obras, había andado escaso con la naturaleza humana, objeto el más distinguido de la creación. Los brutos domésticos y silvestres, las mismas fieras, cuya organización pide el criar los hijos a sus pechos, tienen toda la fuerza y la robustez necesaria para practicarlos. ¿Y sólo estarían privadas de esta aptitud las madres, a quienes la racionalidad debería hacer más sensible tal privación¹³.

Las causas de “esta crueldad”, tal como él mismo la define, tendrían que ver sobre todo con la perversión de las costumbres y la superficialidad de la existencia. Las consecuencias de tal alejamiento de la Naturaleza son, a su entender, terriblemente dañinas para el orden familiar. Por tanto, no es sólo la Naturaleza la que se verá afectada y como siempre tomará a su manera represalias contra aquellos que violan sus preceptos; de igual manera, también la sociedad se verá zarandeada en su fundamento mismo por ese alejamiento de los deberes que la Naturaleza impone. En tal sentido, resalta Clavijo que

casi todos los desórdenes proceden sucesivamente de esta primera depravación, en que se altera el orden moral y se extingue el natural en todos los corazones. El interior de las casas toma un aire tétrico y melancólico; y el

¹² Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo I, “Pensamiento II”, Edic. Cit., pp., 21-2

¹³ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo I, “Pensamiento XII”, Edic. Cit., p., 8.

espectáculo agradable de una familia que debiera empezar a descollar, no fija al marido. Se respeta menos a la madre cuando no se ven los hijos¹⁴.

En definitiva, un comportamiento como éste, caracterizado por dar la espalda al orden natural, colocando por encima de sus preceptos determinadas convenciones sociales, ofrece a Clavijo un ejemplo perfecto para ilustrar los efectos nocivos de los usos sociales cuando éstos son contrarios a las leyes de la Naturaleza. Ésta, madre benévola y providente de acuerdo con la imagen propia de la época, también sabe tomarse su revancha ante las agresiones de que es objeto. La filosofía ilustrada, que tanto valora el progreso de la civilización y sus manifestaciones por lo que se refiere al refinamiento de las actitudes y modos de conducirse en sociedad, deja sin embargo bien clara la existencia de una frontera que no puede ser traspasada. La reacción de Clavijo frente a la costumbre de entregar los hijos a amas de cría sólo puede entenderse si tenemos presente que, a su entender, se está transgrediendo aquí la interdicción de la que hace un momento hablábamos.

Otro aspecto en el que podemos apreciar la intensidad del compromiso de Clavijo con los ideales de la ilustración es su cosmopolitismo, cuya profundidad puede sopesarse muy bien a través de las opiniones que vierte en su obra a propósito de la utilidad de los viajes. Convendría recordar, a este respecto, que la figura del intelectual ilustrado es inconcebible sin una actitud de permanente apertura hacia otras culturas que se hace palpable en el gusto por viajar y entrar en contacto con gentes diversas. El Interés principal de los viajes estribaría en establecer ese tipo de contactos. El objetivo no será, por tanto, conocer las huellas del esplendor pasado tal como estas se reflejan en los monumentos heredados, sino aprender de las personas con las que podemos entablar relaciones, pues son ellas las que atesoran la memoria viva de un país. Por todo ello nos dice que,

los viajes dilatan por precisión las facultades del alma, la apartan de muchas preocupaciones nocivas al bien de la sociedad, y la hacen conocer puntos fundamentales de observación y de conducta, que no llegan a nuestra noticia cuando no salimos del rincón en que hemos nacido o cuando sólo conocemos a los extranjeros por los libros¹⁵.

Para él, la experiencia directa, el conocimiento obtenido de primera mano, tiene un valor en sí que lo hace insustituible. Frente a este tipo de experiencia, el saber que podemos obtener por medio de la lectura viene a ocupar un lugar secundario, aunque no sea posible prescindir de él. El valor de la experiencia obtenida de los viajes, aquello que puede descubrirse y vivirse en primera per-

¹⁴ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo I, "Pensamiento XII", Edic. Cit., p., 20.

¹⁵ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo II, "Pensamiento XIX", Edic. Cit., p., 161.

sona, se implementará si estamos preparados para buscar lo que necesitamos conocer. No hay que dejarse distraer por aquello que se muestra a un primer golpe de vista; ni las ruinas ni los oropeles deben apartarnos de nuestro objetivo esencial. Por esta razón Clavijo destaca que el viajero avisado:

Examina con igual cuidado las Artes y Ciencias que florecen en los Países que ve: averigua la protección y fomento que encuentran en el gobierno: el uso que éste hace de la aplicación de los particulares: el arte con que sabe dirigirla al fin de su constitución; y sobre todo procura indagar cuál es el talento dominante en cada Pueblo. Un hombre que hubiese viajado de esta manera, puede ser de gran utilidad en la República: de vuelta de su giro debe conocer mejor su misma Nación¹⁶.

En efecto, el conocimiento de lo ajeno puede llevarnos a una más correcta valoración de lo propio. Pero, al margen de esta y las otras ventajas que enumera, hay que pensar en la importancia que en la sociedad española de entonces podía tener la difusión de ideas como estas. En un país habituado al aislamiento, encerrado en sus tradiciones y costumbres, muchas de las cuales no eran sino reminiscencias de un tétrico pasado que era preciso superar, la apuesta de Clavijo por el cosmopolitismo tiene una gran importancia. Por lo demás, en la definición que nos da de las cualidades que han de adornar al viajero, es fácil percibir una caracterización del talante que define al filósofo en el Siglo de las Luces.

Para evitar en lo posible los abusos que frecuentemente cometen los viajeros quisiera yo, que antes de emprender éstos su peregrinación, se hallasen adornados de aquella política, amenidad de espíritu, dulzura y arte de ganar las voluntades, que son tan esenciales para hacerse estimar en el comercio del mundo, que sólo se adquieren en la juventud. También quisiera que tuviesen algún conocimiento de literatura, y poseyesen algunas de las lenguas vivas, y se hubiesen formado un cierto estilo para la conversación y los escritos; que sin ser el que ordinariamente se llama florido, lleno de tropos y figuras, tuviese gracia y energía¹⁷.

Estas habilidades sociales pueden cultivarse, si tenemos el interés de trabar un contacto provechoso con gentes de culturas diferentes de la nuestra. Las disposiciones y actitudes con las que nos acerquemos a los otros condicionarán de forma decisiva las aportaciones que nuestra relación con ellos nos pueda reportar. Atención aparte merece el aspecto más propiamente político que trae consigo el cosmopolitismo. En este sentido, si nos referimos a las pre-

¹⁶ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo II, "Pensamiento XIX", Edic. Cit., pp., 162-3.

¹⁷ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo II, "Pensamiento XIX", Edic. Cit., pp., 177-8.

ocupaciones políticas que subyacen en sus escritos, hemos de reseñar que estas se expresan a través de su manera característica de elevarse hasta lo general a partir de lo cotidiano. De este tipo de planteamientos son una excelente muestra las palabras que recogemos a continuación.

El primer cuidado para mantener la sociedad debe ser el de aumentar y conservar el número de los que la componen: la verdadera fuerza de un Estado consiste en la muchedumbre de sus habitantes; y los medios de lograrla: los estragos que causa en una Nación la corrupción de costumbres, y sobre todo la licencia en ciertos vicios: la utilidad que produce el tener fundaciones, para huérfanos y expósitos: el beneficio de atraer colonias extranjeras y el daño de enviarlas a regiones distantes: que la miseria destruye los hombres y es causa de las emigraciones, de las enfermedades epidémicas, de los robos y de otros innumerables males, que arruinan al Estado¹⁸.

Existe, por tanto, una conexión entre las disposiciones morales y las costumbres de los ciudadanos, por un lado, y los problemas sociales, por el otro. La enfermedad tiene, por tanto, una dimensión *moral* y Clavijo sostiene que no deja de tener una notable repercusión sobre lo colectivo, que puede apreciarse con claridad apenas nuestro enfoque de la misma supera la categoría de la circunstancia individual. Se trata, como vemos, de la consecuencia primera de una visión en la que el individuo concreto se convierte en el sujeto político por excelencia. De tal forma que su existencia cotidiana, sus gestos, sus debilidades o aciertos, son considerados como el único sustrato social al que podemos remitirnos.

En ese espacio, en apariencia independiente de la esfera política, es donde se juegan las partidas decisivas. No en vano, en un país como la España de la época en la que como ya apuntábamos no existe aún una sociedad civil estructurada, lo que sucede en este espacio es origen y fundamento del influjo efectivo que las fuerzas tradicionales ejercen sobre lo político. De ese peso real nos ofrece una buena muestra su prevención con respecto a todo aquello que pueda suponer alguna fricción con lo religioso.

Entre nosotros han tomado alguna ya por estribillo el tratar de herejes a los que leen libros o han corrido Países extranjeros. Si uno de estos procura sacarnos de alguna de aquellas preocupaciones, que nos salieron al encuentro al empezar a tener uso nuestra razón y que ordinariamente suelen acompañarnos el resto de la vida, al instante levantan el grito los ignorantes y lo dan por sospechoso en la Religión¹⁹.

¹⁸ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo II, "Pensamiento XIX", Edic. Cit., pp., 180-1.

¹⁹ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo II, "Pensamiento XIX", Edic. Cit., p., 184.

Clavijo intenta justificar la necesidad de establecer ese margen de libertad civil que es imprescindible para que una sociedad pueda encaminarse hacia su madurez política. Asunto especialmente difícil en un país como el nuestro, en el que desde las instituciones religiosas se sigue ejerciendo una coacción nada desdeñable sobre la sociedad en su conjunto. A nadie ha de sorprender, por tanto, la atención y el cuidado que el filósofo pone al tratar cualquier asunto que incida sobre este aspecto. En todo caso, sus más profundas inquietudes se ponen de relieve cuando se pregunta:

¿Cuándo llegará el día en que tengamos juicio y discernimiento, y en que sin ser esclavos de la necia credulidad ni de la preocupación, miremos las cosas con ojos filosóficos?²⁰.

Esa mirada filosófica nos permitiría superar todo dogmatismo, se base éste en las tradiciones religiosas o en prejuicios de cualquier índole. A este respecto, es interesante comprobar que Clavijo sabe perfectamente que el antídoto frente a toda forma de dogmatismo es lo que, utilizando la expresión hoy al uso, podríamos llamar relativismo cultural:

Sólo nuestras costumbres y nuestros usos nos parecen sensatos; y por efecto de vanidad y de orgullo olvidamos que la razón es natural de todos los climas, y que se encuentran razón y genio donde quiera que hay hombres²¹.

La universalidad de la razón es, en consecuencia, el único elemento unificador de que disponemos. La moral es el terreno en el que de una forma práctica podemos poner en juego el poder unificador de la razón. En ella, el juego de las diferencias se muestra menos interesante que el de la similitud, por más que sean elocuentes dichas diferencias. Someter a los demás al dictado de nuestros dogmas, imponiéndoles lo que en nuestra cultura funciona como criterio de corrección, sólo puede hacerse abusando del poder que los caprichos de la historia nos han otorgado. Se trata de algo moralmente inadmisibles aunque se haya cometido una y mil veces, haciéndose imperar como válido en el terreno político o moral aquello que lo era para nosotros. No en vano,

la fuerza de la costumbre nos arrastra y nos hace condenar usos, que no tienen más defecto que no ser nuestros. Acostumbrados al sombrero, no podemos figurarnos que sean gentes de razón las que se sirven del turbante. La simplicidad pasa por grosería entre los que no reflexionan cuánto tiene de arbitrario lo que llamamos Política y por barbarie todo lo que no es análogo a nuestras ideas; como si las Naciones a quienes motejamos de bárbaras no tuviesen casi las mis-

²⁰ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo II, "Pensamiento XIX", Edic. Cit., pp., 187-8.

²¹ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo III, "Pensamiento XXXII", Edic. Cit., pp., 117-8.

mas razones para aplicarnos el mismo epíteto y fuesen tales nuestras costumbres que no pudiesen ridiculizarse del mismo modo que ridiculizamos las ajenas²².

Siguiendo esta línea de argumentación hay que entender la manera de formular ciertas objeciones al principio democrático que, partiendo del modelo usual en la época, Clavijo pone en boca de un indio canadiense. Como veremos, se trata de recurrir al mito del buen salvaje cuya inteligencia, aún no corrompida por las costumbres y prejuicios propios de las sociedades occidentales, puede revelarnos aquello que, aun estando ante nuestros ojos, nosotros somos ya incapaces de ver.

¿No te acuerdas haberme dicho en muchísimas ocasiones que el número de los ignorantes es infinito, comparado con el de los sabios, y para un hombre que ve la luz, hay millares que viven en tinieblas? Pues si esto es así, ¿por qué se ha de preferir el voto de muchos, quizá ciegos, al de uno tal vez ilustrado?²³.

Estos reparos son los mismos que podría poner sobre la mesa un personaje como Voltaire, o cualquier otro defensor de lo que se conoce como *despotismo ilustrado*. Pero, de necesitar una justificación más allá de la referencia al contexto histórico en que aparecen, ésta sería más fácil de hallar en el caso de Clavijo, dado el atraso comparativamente mucho mayor de España en relación a Francia. No olvidemos, dicho sea de paso, que Voltaire recurre al mismo procedimiento expositivo en distintos pasajes de su obra, aunque de manera muy especial en su novela *El ingenuo*, que fue publicada en 1767.

En todo caso, quizá deberíamos quedarnos, por encima de todo, con esa brillante defensa del relativismo cultural que podemos encontrar en *El pensador*. Una actitud que no le lleva, sin embargo, a olvidarse de la universalidad de la condición humana. Entre otras cosas, porque es precisamente esa universalidad lo que confiere su punto de mayor fuerza a la argumentación. Veamos cómo lo expresa Clavijo.

Que un Japonés crea estar en postura más humilde cuando está sentado y un Europeo cuando está de pie, todo es muy indiferente a la humanidad. Cada Nación tiene sus ceremonias autorizadas por el uso. Las que difieren de aquellas en que nos hemos criado pueden causar novedad, pero no admiración. Lo contrario es prueba de un pequeño espíritu y de menos reflexión. Los hombres lo son en todas partes: sus corazones merecen nuestro examen; pero no sus usos ni sus trajes, que dependiendo solamente del clima, o de la costumbre, nada pueden quitar ni añadir a lo esencial del hombre²⁴.

²² Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo III, "Pensamiento XXXII", Edic. Cit., pp., 119-120.

²³ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo III, "Pensamiento XXXII", Edic. Cit., p., 128.

²⁴ Clavijo y Fajardo, J., *El Pensador*, Tomo III, "Pensamiento XXXII", Edic. Cit., p., 141.

Así pues, la racionalidad sería, como ya hemos apuntado, el aspecto clave para definir el contenido esencial de la condición humana²⁵. Sin esa racionalidad universal el discurso normativo de la Ilustración perdería casi toda su fuerza. En efecto, si podemos avanzar hacia una sociedad más justa y más libre es apoyándonos en el poder que tiene la razón para corroer los fundamentos de todo aquello que no responde a sus exigencias de rigor y objetividad, así como en su potencialidad para construir algo nuevo y mejor en base a su sustrato de validez universal.

²⁵ En todo caso, el balance que puede hacerse de este período histórico no es necesariamente optimista. En este sentido, Eduardo Subirats considera que “la filosofía de la Ilustración ha fracasado precisamente cuando y donde pudo celebrar sus triunfos. Aquello que legitimaba históricamente su cometido, la supresión de la angustia de los individuos frente a los poderes de la naturaleza y su liberación de las constricciones y poderes sociales, ha sido reducido a lo que, en un principio, se había determinado como su medio: el conocimiento científico de la realidad y el poder que de él emanaba sobre la naturaleza y la sociedad. El espíritu de las nuevas ciencias, proclamado como defensa de la supervivencia individual y de la libertad social, fue objetivado en una nueva forma de institución absoluta: la del conocimiento por el conocimiento, y del progreso de la ciencia y la técnica como fin en sí mismo y principio absoluto. La condición que justificaba su importancia social, la conservación de la vida frente al poder, fue olvidada”. SUBIRATS, E., *La ilustración insuficiente*, Madrid, Taurus, 1981, p. 127.